

VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2016.

Encrucijadas del deseo del analista.

De Olaso, Juan.

Cita:

De Olaso, Juan (2016). *Encrucijadas del deseo del analista. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-044/696>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eAth/EUO>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

ENCRUCIJADAS DEL DESEO DEL ANALISTA

De Olaso, Juan

Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

Se procura dar cuenta de la construcción del operador “deseo del psicoanalista” postulado por Jacques Lacan. Se abordan los problemas inherentes a su definición conceptual, su relación con los avatares transferenciales, y su nexos íntimo con la posición del analista con respecto al ideal y a la castración.

Palabras clave

Deseo del psicoanalista, Transferencia, Discurso analítico, Castración

ABSTRACT

CROSSROAD OF THE PSYCHOANALYST'S DESIRE

It seeks to account for the construction of the operator “desire of the psychoanalyst” postulated by Jacques Lacan. The problems inherent in its conceptual definition are addressed, their relationship with transference avatars, and his intimate connection with the analyst's position with respect to the ideal and castration.

Key words

Desire of the psychoanalyst, Transference, Psychoanalytic speech, Castration

Los lectores de Lacan ya estamos familiarizados –y no menos problematizados– con ciertas cuestiones de estilo, como por ejemplo la propensión del autor a definir los conceptos de modo negativo. Citemos algunos casos: el significante, que se define básicamente por lo que no es; la angustia, que no es sin objeto, o que no engaña; el sujeto, que no sabe lo que dice, no sabe lo que es; el falo –se recordará aquel pasaje de los *Escritos*– que no es un objeto parcial, no es una fantasía, no es un órgano, no es, no es... y que si es, es un significante (de nuevo, algo negativo, pura diferencia).

La elaboración del *deseo del psicoanalista*, aquello que “en último término opera en el psicoanálisis” (Lacan, 1964, p. 833), no podía escapar a esta lógica. De hecho, cada vez que se intenta delimitarlo, no se puede evitar comenzar destacando aquello que no es. Entonces decimos que no es un deseo como los otros, no es un deseo sostenido en el fantasma, no es un deseo causado por el objeto, mucho menos es el deseo de la persona del analista, tampoco el deseo de atender o el deseo de curar. Se podrían agregar, en este punto, ciertas máximas de la técnica tales como “No responder a la demanda” –o, más bien, no intentar satisfacerla–, “No colocarse en el lugar del Ideal”, “No adoctrinar al paciente”, “No proponerse como medida de la realidad”, etc.

¿De qué se trata, pues? Y, ¿por qué Lacan lo llama “deseo”? Porque, a decir verdad, no comparte casi ninguna de las propiedades del deseo inconsciente.

Los analistas y las identificaciones

Por otra parte, es claramente del lado del psicoanalista que Lacan decide interrogar ciertos resortes fundamentales de la clínica: “El psicoanálisis, como dije un día, es lo que hace el psicoanalista, ésta es su principal característica: hay que partir del psicoanalista” (La-

can, 1969-70, p. 87). Así, ya desde los inicios la resistencia es localizada en quien dirige la cura. Semejante destino conceptual sufrirá la transferencia, que, leemos en el *Seminario 8*, “se plantea allí mismo donde ustedes perciben que yo la centro este año, a saber, del lado del analista” (Lacan, 1960-61, p. 210). Y en esas mismas páginas Lacan también anticipa que va a “poner en el centro de la cuestión lo que articulamos este año, la función del deseo, no sólo en el analizado, sino esencialmente en el analista” (*Ibid.*, p. 200). Por lo tanto, la clínica se estructura, se lee y se ordena desde el lugar del psicoanalista.

Ya en “La dirección de la cura y los principios de su poder”, en plena discusión con ciertas concepciones del análisis y, particularmente, de la transferencia, Lacan decidía interrogar al psicoanalista, a quien invitaba a sentarse de una vez en el banquillo: el ser del analista quedaba, por fin, cuestionado, y la “dirección” del título de su ponencia no aludía meramente al *hacia dónde* sino, más bien, al *desde dónde*.

Y allí aparecía por primera vez, bajo la forma de un anuncio, la noción que estamos indagando: “Está por formularse una ética que integre las conquistas freudianas sobre el deseo: para poner en su cúspide la cuestión del deseo del analista” (Lacan, 1958, p. 595). De nuevo, el mismo desplazamiento: del deseo freudiano al deseo del que dirige la cura. Dirige la cura y no al paciente, como sugiere Lacan a propósito de la dirección de consciencia a que conduciría una guía moral.

Años más tarde, en ocasión de la construcción de los cuatro discursos, leemos una argumentación similar. Lacan postula que el discurso del psicoanalista “debe encontrarse en el punto opuesto a toda voluntad, al menos manifiesta, de dominar. Digo al menos manifiesta no porque tenga que disimularla, sino porque, después de todo, es fácil deslizarse de nuevo hacia el discurso del dominio” (Lacan, 1969-70, p. 73). Es decir, hacia el discurso del amor y sus variantes, palpables en tantos testimonios clínicos.

En otro lugar (de Olaso, 2015b) hemos señalado cómo en determinado momento Freud comenzaba a transmitir el psicoanálisis advirtiendo acerca de las dificultades y complicaciones inherentes al manejo de la transferencia. Las eventuales identificaciones de los analistas a ciertas figuras ideales –el padre protector, la madre tierna, el profeta, el salvador de almas– atentaban, resistían, como pocas otras cosas, contra el progreso de la cura.

Formas, todas estas, más o menos manifiestas de dominio, ya fuera bajo el modo de querer curar, de procurar educar o de desearle el bien al otro. ¿Cómo evitar este deslizamiento que, como leíamos recién en Lacan, se puede producir con relativa facilidad? Ahí es convocada la función del deseo del analista: soportar la transferencia supone, en este sentido, un límite al goce del analista. O al gozar de la transferencia.

Al respecto, hay un pasaje memorable del *Seminario 11* en el que Lacan ensaya una articulación entre las teorías de la transferencia y la posición subjetiva de los autores: “La contribución que hace cada quien al mecanismo de la transferencia, apartando la de Freud, ¿no es algo donde su deseo puede leerse claramente? Podría analizar a Abraham simplemente partiendo de su teoría de los objetos par-

ciales. En este asunto no sólo entra en juego lo que el analista se propone hacer con el paciente. También está lo que el analista se propone que su paciente haga de él. Abraham, digamos, quería ser una madre completa” (Lacan, 1963-64, p. 165).

Después de Abraham, será el turno de Ferenczi, después el de Nürnberg. Lacan, desde ya, se sustrae de la lista.

El analista y las desidentificaciones

Pero el analista, y esta es parte de la contribución lacaniana, “está poseído por un deseo más fuerte” (Lacan, 1960-61, p. 215). ¿Qué quiere decir “más fuerte”? ¿Y por qué “poseído”? Este deseo impide, aclara el autor, que el analista vaya al grano con su paciente, lo tome en brazos o lo arroje por la ventana. Y esto en la medida en que “en él se ha producido una mutación en la economía de su deseo” (*Ibid.*).

En efecto, Lacan se pregunta en el medular Seminario sobre “La transferencia” qué debe conseguirse en alguien para que pueda ser un analista. Incluso, qué debe quedar de sus fantasmas o, en todo caso, de su fantasma fundamental. Y plantea lo siguiente: “Si la castración es lo que ha de ser aceptado en el término último del análisis, ¿cuál tiene que ser el papel de la cicatriz de la castración en el *eros* del analista?” (*Ibid.*, p. 125).

La relación del analista con la castración parece ir erigiéndose en la columna vertebral de la cuestión.

“Tampoco voy a decirles que el analista deba ser un Sócrates, ni un puro, ni un santo”, se ataja Lacan, también por la negativa, ante la posibilidad de que la función pudiera quedar elevada a un ideal de pureza. Y concluye, entonces, que el lugar que le corresponde al analista es “aquel que le debe ofrecer, vacante, al deseo del paciente para que se realice como deseo del Otro” (*Ibid.*). El término “vacante” resulta, así, crucial para que el operador lleve a cabo su tarea; que, en buena medida, consiste en no obstaculizar –otra formulación negativa!– el trabajo del analizante.

Y aquí cabe traer a colación la indicación del final del *Seminario 11*, donde vuelve a un primer plano el problema de la identificación, identificación *al* analista y *del* analista. Atravesar este plano es posible, según Lacan, “porque el deseo del analista, que sigue siendo una *x*, no tiende a la identificación sino en el sentido exactamente contrario” (Lacan, 1963-64, p. 282), allí donde, tras la pantalla protectora del fantasma, asoma la pulsión. Se trata de mantener la distancia entre la *I* idealizante y el objeto *a*, objeto separador cuyo soporte es justamente el analista.

A esa misma posición conducirá en 1970 la escritura del discurso analítico. A la hora de definir qué es un análisis, Lacan retoma un viejo problema, a saber, lo que se espera de un psicoanalista. Y plantea: “que haga funcionar su saber como término de verdad. Precisamente por eso es por lo que se encierra en un medio decir” (Lacan, 1969-70, p. 56). Esto impide que el saber se totalice, se haga todo-saber, y deje al interlocutor en un lugar de objeto. Es la versión clínica del analista identificado no al amo clásico sino a su versión contemporánea: el saber en el lugar de mando, animado por el imperativo superyoico que opera bajo la barra.

Otra variante posible: el analista histerizado, dividido o subjetivado. Aquí se pueden evocar algunos testimonios de vacilaciones calculadas –y también incalculadas– de Margaret Little, que Lacan (1962-63) había destacado a la hora de cernir la operatoria del deseo del analista.

El analista en el lugar del objeto *a*, es decir, en el lugar del rechazo del discurso, configura un nuevo lazo social que resulta “un contrapunto” del discurso del amo, de ahí que se sitúe “en el polo opuesto” de dicho discurso fundamental del cual sin embargo proviene

(Lacan, 1969-70, p. 91). En la medida en que el analista se ubica como causa del deseo, se asiste a una “posición eminentemente inédita, si no paradójica, ratificada por una práctica” (*Ibid.*, p. 163).

Encontramos, por fin, una definición “positiva” del tema que hoy nos ocupa: “El deseo del psicoanalista es su enunciación” (Lacan, 1967, p. 16).

No el qué, el cuándo, el cómo, sino, una vez más, el *desde dónde*.

BIBLIOGRAFÍA

- Cottet, S. (1984). Freud y el deseo del psicoanalista. Buenos Aires: Manantial.
- de Olaso, J. (2012). “El analista y sus vicisitudes”, II Jornadas Jacques Lacan: “RSI hoy”, cátedra Psicoanálisis: Escuela Fran–cesa I, Buenos Aires, Facultad de Psicología, UBA.
- de Olaso, J. (2015a). “Conclusiones, ideas, problemas”, en Paradojas de la inhibición. Buenos Aires: Manantial.
- de Olaso, J. (2015b). Inhibiciones de la cura. Ponencia presentada en el VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XXII Jornadas de Investigación, “30 años de la creación de la Facultad de Psicología. Avances y desarrollos de la Psicología en Argentina”. Buenos Aires, Facultad de Psicología, UBA. Buenos Aires, noviembre de 2015.
- Freud, S. (1915). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, III). En Obras Completas, Vol. XII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1987.
- Freud, S. (1919). Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica. En Obras Completas, Vol. XVII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1987.
- Freud, S. (1937). Análisis terminable e interminable. En Obras Completas, Vol. XXIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1987.
- Lacan, J. (1958). La dirección de la cura y los principios de su poder. En Escritos, Tomo II. México: Siglo XXI, 1988.
- Lacan, J. (1960-61). El Seminario, Libro 8, “La transferencia”. Buenos Aires: Paidós, 2003.
- Lacan, J. (1962-63). El Seminario, Libro 10: “La angustia”. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Lacan, J. (1963-64). El Seminario, Libro 11: “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”. Barcelona: Paidós, 1989.
- Lacan, J. (1964). Del Trieb de Freud y del deseo del psicoanalista. En Escritos, Tomo II. México: Siglo XXI, 1988.
- Lacan, J. (1967). Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela. En Momentos cruciales de la experiencia analítica. Buenos Aires: Manantial, 1987.
- Lacan, J. (1967-68). L'acte psychanalytique, Séminaire 1967-1968. Paris: Éditions de l'Association Freudienne Internationale. Publication hors commerce.
- Lacan, J. (1969-70). El Seminario, Libro 17: “El reverso del psicoanálisis”. Buenos Aires: Paidós, 1992.
- Rabinovich, D. S. (1999). El deseo del psicoanalista. Libertad y determinación en psicoanálisis. Buenos Aires: Manantial.